

EL ÚLTIMO MARCIANO

FREDRIC BROWN

Era un atardecer como todos, pero más aburrido que la mayoría. Yo había regresado a la redacción para hacer una reseña de un soporífero banquete al que me había tocado asistir, en el que nos sirvieron tan mal que, aunque el cubierto no me había costado nada, me sentía estafado. A pesar de todo, yo escribía una larga y encomiástica reseña de diez o doce columnas. El corrector de pruebas, luego, la dejaría reducida a uno o dos párrafos fríos y formularios.

Slepper estaba sentado con los pies encima de la mesa, evidentemente sin hacer nada, y Johnny Hale ponía una cinta nueva en su máquina de escribir. El resto de los muchachos había salido a realizar diversos cometidos para el periódico.

Cargan, el «dire», salió de su despacho particular y se acercó a nosotros.

—Oíd, chicos: ¿Alguno de ustedes conoce a Barney Welch? —nos preguntó.

Pregunta estúpida. Barney era el dueño del bar que llevaba su nombre y que estaba situado al otro lado de la calle, frente a la redacción del *Tribune*.

No hay un solo reportero del *Tribune* que no conozca lo bastante a Barney para atreverse a sablearlo con frecuencia. Así que todos hicimos un gesto de asentimiento.

—Acaba de telefonear —dijo Cargan—. Dice que tiene a un tipo en el bar que pretende proceder de Marte.

—¿Es un loco, un borracho, o ambas cosas a la vez? —quiso saber Slepper.

—Barney lo ignora, pero ha dicho que este sujeto podría proporcionarnos temas para un artículo humorístico, si uno de nosotros va a entrevistarlo. Como es al otro lado de la calle y como vosotros tres estáis mano sobre mano, uno de vosotros podría ir un momento. Pero nada de bebidas a cuenta del periódico.

—Voy yo —dijo Slepper, pero la mirada de Cargan se había posado sobre mí.

—¿Tienes algo que hacer, Bill? —me preguntó. Tiene que ser un artículo de humor, y tú haces muy bien esas cosas.

—Muy bien —gruñí—. Iré yo.

—Tal vez se trate de únicamente de un individuo que ha bebido más de la cuenta, pero si se tratase de un auténtico chiflado, avisa a la policía, a menos que creas que podrás sacarle una historia divertida. Si se lo llevan detenido, redactas una gacetilla para la sección de sucesos.

Slepper intervino para decir:

—Tú, Cargan, serías capaz de hacer que detuviesen a tu abuela para obtener una gacetilla. ¿No puedo acompañar a Bill?

—No, tú y Johnny quédense aquí. No pienso trasladar la redacción en peso al bar de Barney.

Después de estas palabras, Cargan volvió a meterse en su despacho.

Puse punto final a la reseña del banquete y la envié por el tubo. Tomé el sombrero y la chaqueta. Slepper me dijo:

—Bebe una copa a mi salud, Bill. Pero no bebas demasiado... no vayas a perder tu particular estilo humorístico.

—Desde luego —respondí; y, saliendo de la redacción, comencé a bajar por la escalera.

Cuando entré en el bar de Barney, eché una mirada a mi alrededor. No vi a nadie del *Tribune*, excepto a un par de tipógrafos sentados en una mesa ante sendas copas de ginebra. Aparte del propio Barney, que estaba en el fondo del bar, había otro individuo en el salón. Era un hombre alto, flaco y de tez cetrina, sentado solo en uno de los reservados, contemplando con expresión lúgubre un vaso de cerveza casi vacío.

Me pareció conveniente conocer primero la opinión de Barney; me aproximé a la barra y deposité un billete sobre ella.

—Lo de siempre —le dije—. Y ponme también un vaso de agua. ¿Ese individuo larguirucho y fúnebre de allá es el marciano de quien hablaste a Cargan?

Él asintió mientras me servía la copa.

—¿Cómo tengo que enfocar el asunto? —le pregunté—. ¿Sabe que un periodista va a entrevistarle? ¿O me limito a pagarle una cerveza y tirarle de la lengua? ¿Crees que está loco?

—Ya me lo dirás tú mismo. Dice que ha llegado de Marte hace dos horas y está tratando de adaptarse. Afirma que es el último marciano viviente. No sabe que eres periodista, pero está dispuesto a explicártelo todo. Yo he preparado las cosas.

—¿Cómo?

—Le dije que tenía un amigo muy inteligente que le aconsejaría muy bien acerca de lo que debía hacer. No le di nombres porque no sabía a quien iba enviar Cargan. Pero está dispuesto a contártelo todo.

—¿Te dijo cómo se llamaba?

Barney hizo una mueca.

—Sí, dijo que se llamaba Yangan Dal. Oye, no le pongas furioso. Aquí no quiero escenas de violencia.

Deje la copa de licor y bebí un sorbo de agua. Luego dije:

—Muy bien, Barney. Oye, destápame dos cervezas e iré a tomarlas con él. Yo mismo las llevaré.

Barney tomó dos cervezas y las destapó. Yo recogí el cambio y fui al reservado con las cervezas.

—¿Es usted el señor Dal? —dije—. Yo soy Bill Everett. Barney me ha dicho que tiene usted un problema y que yo podría ayudarle a resolverlo.

Él levantó la mirada hacia mí.

—¿Es usted el amigo a quien él telefoneó? Siéntese, señor Everett. Y muchas gracias por su invitación.

Yo me senté al otro lado de la mesa, frente a él. Apuré su cerveza y sujetó con manos nerviosas el vaso que yo acababa de llenar nuevamente.

—Supongo que me creerá usted loco —dijo—. Y tal vez tenga razón, pues ni yo mismo lo entiendo. El dueño del bar también me considera loco, ¿verdad? Oiga, ¿es usted médico?

—No, exactamente —le mentí—. Digamos que soy un sicólogo consultor.

—¿Cree usted que no estoy en mi juicio?

Yo repliqué:

—La mayor parte de los dementes no quieren reconocer que lo son. Pero todavía no me ha expuesto usted su caso.

Bebió un buen trago de cerveza y dejó el vaso sobre la mesa, pero sujetándolo fuertemente entre sus manos. Tal vez lo hacía para que no se notase su temblor.

—Soy un marciano —dijo—. *El último*. Todos mis semejantes han muerto. Vi sus cadáveres apenas hace dos horas.

—¿Hace dos horas estaba usted en Marte? ¿Y cómo llegó hasta aquí?

—No lo sé. Esto es algo espantoso. Que no lo sé. Lo único que sé es que todos estaban muertos y sus cadáveres empezaban a descomponerse. Fue algo horrible. Éramos cien millones, y ahora sólo quedo yo.

—¿Cien millones? ¿Se refiere usted al número de habitantes de Marte?

—Sí, a eso. Tal vez algo más de cien millones. Pero esa era la población del planeta. Ahora todos han muerto, excepto yo. Visité tres ciudades, las tres más populosas e importantes. Yo estaba en Skar y, cuando descubrí que todos habían muerto, tomé un targan (no quedaba nadie vivo para impedírmelo) y volé con él a Undanel. Nunca había pilotado uno, pero los mandos eran muy sencillos. En Undanel todos habían muerto también. Reposté y seguí volando. Volaba muy bajo para ver si quedaba alguien con vida, pero sólo vi muertos. Después volé hacia Zandar, la ciudad mayor... tenía más de tres millones de habitantes. Pero todos estaban muertos y comenzaban a descomponerse. Era un espectáculo horrible, se lo aseguro. Verdaderamente espantoso. Todavía no he conseguido reponerme de la impresión que aquello me causó.

—Lo comprendo —dije.

—Usted no puede comprenderlo. Desde luego, Marte ya era un planeta moribundo; sólo hubiéramos vivido poco tiempo más... una docena de generaciones a lo sumo. Hace dos siglos, la población ascendía a tres mil millones... la mayoría de los cuales se moría de hambre. Luego vino el kryl, la misteriosa enfermedad transportada por el viento del desierto y para la cual nuestros sabios no hallaron remedio. En dos siglos redujo la población del planeta a una trigésima parte de lo que había sido, pero la cosa no terminó ahí.

—Entonces, ¿la población murió a consecuencia de este mal que usted llama... kryl?

—No. Cuando un marciano muere de kryl, se momifica. Los cadáveres que yo vi no estaban momificados.

Se encogió de hombros y apuró el resto de su cerveza. Yo vi que me había olvidado de beber la mía y también la apuré de un trago. Luego miré a Barney, que nos miraba con aspecto preocupado, y levanté los dedos.

Mi marciano seguía hablando:

—Quisimos iniciar viajes interplanetarios, sin conseguirlo. Pensábamos que si algunos de nosotros conseguían librarse del kryl, podríamos perpetuar nuestra raza en la Tierra o en otros mundos. Lo intentamos, pero el éxito no acompañó a nuestros esfuerzos. Ni siquiera pudimos llegar a Deimos o Fobos, nuestras dos lunas.

—Si no crearon una astronáutica, ¿cómo explica, pues...?

—No lo sé. Le digo que no lo sé. Hay para volverse loco. Soy Yangan Dal, *un marciano. Y estoy aquí, en este cuerpo*. Terminaré por enloquecer, se lo aseguro.

Barney se acercó con las cervezas. Seguía con aspecto muy preocupado, y yo esperé a que no pudiese oírnos para preguntar a Dal:

—¿En este cuerpo? ¿Quiere usted decir que...?

—Naturalmente. Éste no soy yo, ni este cuerpo es el mío. No iría usted a creer que los marcianos tuviesen exactamente el mismo aspecto de los seres humanos, supongo. Apenas tengo un metro de estatura, peso lo que aquí en la Tierra serían unos nueve kilos y tengo cuatro brazos con manos provistas de seis dedos cada una. Este cuerpo que ocupo me asusta. No lo entiendo, como tampoco comprendo cómo he llegado hasta aquí.

—O cómo es que habla usted inglés. ¿O acaso puede explicármelo?

—Verá usted... hasta cierto punto, sí. Este cuerpo pertenece a un tal Howard Wilcox, de profesión tenedor de libros. Está casado con una hembra de esta especie. Trabaja en un sitio llamado la Compañía de Lámparas Humbert. Poseo todos sus recuerdos y puedo hacer todo lo que él hacía; sé todo cuanto él sabía, o sabe. Hasta cierto punto, soy Howard Wilcox. Tengo documentos en mi bolsillo que lo demuestran. Pero esto no tiene pies ni cabeza porque, en realidad, soy Yangan Dal, y marciano. Incluso tengo las aficiones y gustos del cuerpo en que me alojo. Por ejemplo, me gusta la cerveza. Y cuando pienso en la esposa de este cuerpo... me doy cuenta que la amo.

Yo le miré de hito en hito y, sacando el paquete de cigarrillos, le ofrecí uno.

—¿Usted fuma?

—Este cuerpo... es decir, Howard Wilcox... no fuma. Gracias de todos modos. Permítame que le invite otra cerveza. En mis bolsillos hay bastante dinero.

Hice una seña a Barney.

—¿Cuándo sucedió esto? ¿Dice que sólo hace dos horas? ¿Tuvo usted alguna sospecha, antes de esto, que fuese usted marciano?

—¿Sospecha? Yo era un marciano. ¿Qué hora es?

Consulté el reloj de pared de Barney.

—Acaban de dar las nueve.

—Entonces, hace más tiempo del que yo suponía. Tres horas y media. Debían de ser las cinco y media cuando me encontré en este cuerpo, que entonces volvía del trabajo a su casa. Por sus recuerdos supe que acababa de salir de la oficina hacía media hora, es decir a las cinco.

—¿Y usted, o él, se fueron a casa?

—No, me hallaba demasiado confuso y aturdido. No era mi casa. Yo soy marciano, le repito. ¿No lo comprende? Bien, no le censuro por ello porque yo tampoco lo entiendo. Comencé a pasear sin rumbo fijo. Entonces yo, es decir, Howard Wilcox, tuve sed y él... o sea yo... —Se interrumpió para reanudar el hilo de su relato—. Este cuerpo tuvo sed y yo me detuve aquí para beber una cerveza. Después de dos o tres vasos, pensé que tal vez el dueño del bar me podía dar algún consejo útil y me puse a hablar con él.

Yo me incliné sobre la mesa:

—Escuche, Howard —le dije— tenía usted que llegar a su casa a la hora de cenar. Su esposa estará llena de inquietud si usted no telefona. ¿Le llamó?

—¿Que si le telefoneé?... No, desde luego que no. Yo no soy Howard Wilcox.

Pero una preocupación distinta se pintó en su semblante.

—Sería mejor que le llamase —dije—. ¿Qué pierde con ello? Tanto si es Yangan Dal como Howard Wilcox, hay una mujer esperando y dominada por la inquietud. Debe telefonarle. ¿Sabe el número?

—Naturalmente. Es el mío... quiero decir que es el de Howard Wilcox.

Déjese de hacer distinciones gramaticales y vaya a telefonar. De momento no se preocupe por inventar un pretexto; está todavía demasiado confundido. Límitese a decirle a su esposa que ya se lo explicará todo cuando llegue a casa, pero que está bien.

Él se levantó como un sonámbulo y se dirigió hacia la cabina telefónica.

Yo me acerqué a la barra y pedí otra copa de ginebra.

Barney me preguntó:

—¿Es un...?

—Todavía no lo sé —dije—. Hay en él algo que no acabo de entender.

Volví a nuestra mesa.

La cara de él mostraba una sonrisa desvaída. Me dijo:

—Estaba hecha una furia. Si yo... es decir, si Howard Wilcox vuelve a casa, tendrá que inventarse una buena coartada. —Tomó un trago de cerveza—. Mejor que la historia de Yangan Dal, desde luego.

Por momentos se iba volviendo más humano.

Pero no tardó en volver a su obsesión. Me miró de hito en hito y dijo:

—Debía haberle contado cómo ocurrieron las cosas desde un principio. Yo estaba encerrado en una habitación, en Marte, naturalmente. En la ciudad de Skar. No sé por qué me metieron allí, pero allí estaba. Y encerrado con llave. Luego pasó mucho tiempo sin que me trajesen alimento y, cuando el hambre me dominó, conseguí levantar una piedra del suelo y excavé un túnel para huir. Tardé tres días... tres días marcianos, o sea unos seis días terrestres, para salir y, sin poder apenas con mi alma, comencé a recorrer los edificios hasta que encontré la despensa. No había nadie a la vista y pude calmar mi hambre. Y entonces...

—Prosiga —le dije—. Le escucho.

—Salí del edificio y vi que la gente yacía tendida por el suelo, en el arroyo, en mitad de las calles. Todos estaban muertos y comenzaban a descomponerse. —Se cubrió los ojos con las manos—. Registré algunas casas, otras construcciones. No sabía exactamente lo que buscaba, pero comprobé que todos habían muerto en la calle, al aire libre, y ninguno de los cuerpos estaba momificado... Por lo tanto, no fue el kryl quien los mató.

»Entonces, como le dije, robé el targan (en realidad no debía decir que lo robé porque ya no pertenecía a nadie) y volé sobre la ciudad en busca de algún superviviente. En la campiña había sucedido lo mismo... todo el mundo yacía en el exterior, cerca de las casas, sin vida. Y en Undanel y Zandar encontré el mismo espectáculo.

»¿Le había dicho que Zandar es la mayor ciudad de Marte y la capital del planeta? En el centro de Zandar existe una gran extensión descubierta llamada el Campo de los Juegos, que tiene casi dos kilómetros terrestres cuadrados. Y allí estaba toda la población de Zandar o, por lo menos, así me pareció. Tres millones de cadáveres, tendidos uno junto a otro, como si se hubiesen reunido para morir allí al aire libre. Como si ya hubiesen sabido la suerte que les esperaba. Como si todos hubiesen salido al exterior de sus casas, pero allí se habían reunido tres millones de seres... todos los habitantes de la ciudad.

»Presenció este espectáculo desde el aire, mientras volaba sobre Zandar. Y en el centro del campo había algo, puesto sobre una plataforma. Descendí y permanecí inmóvil con el targan (me olvidaba de

decirle que es un aparato algo parecido a sus helicópteros), cerniéndome sobre la plataforma, para ver lo que había en ella. Era como una columna hecha de cobre macizo. El cobre en Marte es como el oro en la Tierra. En la columna había un botón colocado sobre una montura adornada con piedras preciosas. Y un marciano cubierto de azules vestiduras yacía muerto al pie de la columna, frente al botón, como si lo hubiese pulsado antes de morir. Y todos murieron con él. Todos, menos yo.

»Entonces me posé con el targan sobre la plataforma, salí del aparato, me acerqué al botón y lo oprimí, pues también deseaba morir; todos mis semejantes habían muerto y yo deseaba morir. *Pero en lugar de morir, me encontré viajando en un tranvía de la Tierra, de regreso a casa después de salir de la oficina, y me llamaba...*

—Escuche, Howard —le interrumpí, mientras hacía una seña a Barney—. Le invito otra cerveza y después regrese a casa junto a su esposa. La pondrá verde y, cuanto más la haga esperar, peor será. Y le aconsejo que le compre por el camino una caja de bombones o unas flores, y vaya urdiendo una buena excusa para el retraso. Pero *no* la historia que me ha contado.

Él dijo:

—Bueno...

—Ni bueno ni malo —le atajé—. Usted se llama Howard Wilcox y su lugar está en su casa, junto a su mujer. Le voy a decir lo que debió haber sucedido. Conocemos muy poco acerca del cerebro humano y en el terreno del espíritu ocurren cosas muy extrañas. Tal vez en la Edad Media estaban en lo cierto al hablar de posesos. ¿Quiere usted saber cuál es mi opinión acerca de lo que le ha ocurrido?

—¿Cuál es? Por el amor de Dios, si puede ofrecerme alguna explicación, la que sea..., excepto que me he vuelto loco...

—Creo que terminará por volverse loco de verdad si sigue pensando en ello, Howard. Suponga que existe alguna explicación natural para lo sucedido y después trate de olvidarlo. Poco más o menos, puedo conjeturar lo que sucedió.

Barney nos sirvió las cervezas y yo esperé a que hubiese vuelto a la barra. Entonces dije:

—Howard, es muy posible que un individuo, quiero decir, un marciano, llamado Yangan Dal, falleciese efectivamente esta tarde en Marte. También es muy posible que él fuese en verdad el último marciano. Y quizá su espíritu se alojó en usted en el momento de su muerte. No digo que fuese esto lo que sucedió, pero cae dentro de lo posible. Vamos a suponer que así fue, Howard, y no pensemos más en ello. A partir de ahora, piense usted que es Howard Wilcox... y si lo duda, mírese a un espejo. Vuelva a su casa y haga las paces con su mujer; vaya a trabajar mañana por la mañana y eche al olvido lo sucedido. ¿No le parece que esto es lo mejor?

—Sí, tal vez tenga usted razón. Las pruebas que me proporcionan mis sentidos...

Terminamos nuestras cervezas, salimos y le metí en un taxi. Le recordé que se detuviese a comprar unos bombones o unas flores y que preparase una buena excusa, que pareciese lógica y razonable, en lugar de dar vueltas y más vueltas a lo que acababa de referirme.

Volví al edificio del *Tribune*, subí al piso donde estaba la redacción, entré en el despacho de Cargan y cerré la puerta detrás mío.

Plantándome ante el director, le dije:

—Ya está arreglado, Cargan. Lo he resuelto.

—¿Qué ha sucedido?

—Es un marciano, efectivamente. Y fue el último que quedó con vida en Marte. Solamente que él no sabía que habíamos venido aquí; creía que habíamos muerto todos.

—¿Pero, cómo...? ¿Cómo es posible que nos olvidásemos de él? ¿Y cómo es posible que él no lo supiese?

—Es un cretino —repuse—. Se encontraba recluso en una institución mental de Skar y, por lo visto, se olvidaron de él y lo dejaron encerrado en su habitación cuando fue oprimido el botón que nos envió a todos aquí. Como no se encontraba al aire libre, no le afectaron los rayos transportadores que llevaron a nuestras psiquis a través del espacio. Consiguió escapar de su encierro y descubrió la plataforma erigida en Zandar, donde se había celebrado la ceremonia, y no se le ocurrió otra cosa que oprimir el botón. Por lo visto, aún quedaba suficiente energía para enviarle a él también.

Cargan emitió un suave silbido.

—¿Le dijiste la verdad? ¿Y será lo bastante astuto como para no divulgarla?

Moví negativamente la cabeza.

—No, ni una cosa ni otra. Su índice de inteligencia es quince, poco más o menos. Pero eso le permite ser tan listo como los terrestres normales y, por lo tanto, pasará completamente inadvertido. Conseguí convencerle que era verdaderamente el terrestre dentro del cual se metió su psiquis.

—Fue una suerte que se le ocurriese confiarse a Barney. Telefonaré a Barney inmediatamente para decirle que no se preocupe. Me sorprende que no le sirviese un licor drogado antes de llamarme.

—Barney es uno de los nuestros —repuse—. No hubiera dejado salir de allí a ese tipo. Lo hubiera retenido hasta que llegásemos.

—Pero tú lo dejaste ir. ¿Te parece prudente que ande suelto? ¿No debieras...?

—No hará nada. Asumo toda la responsabilidad y me encargaré de vigilarlo hasta que llegue el momento de hacernos amos de la Tierra. Después, supongo que tendremos que internarlo de nuevo en un asilo mental. Pero me alegro de no haberme visto obligado a matarle. Después de todo, es uno de los nuestros, aunque sea un imbécil. Y probablemente se alegrará tanto de saber que no es el último marciano que no le importará que le encierren de nuevo.

Volví a ocupar mi mesa en la redacción. Slepper se había ido a cumplir alguna misión. Johnny Hale levantó la vista de una revista que estaba leyendo.

—¿Has conseguido un buen reportaje? —me preguntó.

—¿Qué crees? —repuse—. No era más que un borracho. Me sorprende que Barney nos haya llamado para eso.

FIN

Libros Tauro